

General Conference Bulletin, 1897

La ciencia de la salvación nº1

(tarde del viernes 12 de febrero de 1897)

A. T. Jones

Todos saben que la nuestra es una era muy científica, al menos en el nombre, en la profesión y en la aspiración. Dios quiere que su pueblo esté siempre a la altura de su tiempo. De hecho, quiere que se adelante a su tiempo. De forma particular, quiere que su pueblo sea reformador, y sólo puede serlo avanzándose a su tiempo. Así, dado que vivimos en una época profesamente científica, la causa de Dios, su pueblo, ha de tener una mente científica a fin de afrontar las demandas del tiempo en que vive. Esta es la propuesta e invitación para nuestro estudio esta tarde. El Señor quiere que vosotros y yo aceptemos esa propuesta, que la estudiemos y que construyamos sobre ella hasta que en nosotros pueda demostrarse ante el mundo que es científicamente correcta. Si vosotros y yo la aceptamos, si todos los que profesan el nombre de Cristo la aceptan, el Señor la culminará. El mundo lo va a presenciar, sea que vosotros y yo tengamos o no parte en eso, ya que si nosotros no participáramos, el Señor haría esa demostración en quienes así lo permitieran. Pero sería una pérdida para nosotros.

Ahora bien, diréis: ‘La salvación es la obra del pueblo de Dios; constituye la causa del Señor’. Así es: eso es lo que han estado diciendo estos otros hermanos [en las charlas precedentes]. Es lo que hemos tenido en la presentación del comienzo de esta tarde, y lo que hemos estudiado en todas las lecciones sobre Hebreos. Es la lección que hemos aprendido de otros lugares en la Escritura, y ésta afirma que no hemos de saber nada, excepto a Jesucristo y a él crucificado. Vosotros lo afirmáis, y también yo lo afirmo. Afirmo que la obra del pueblo de Dios -todo lo que la causa de Dios es en el mundo- es la obra de la salvación. Y eso es el corolario de lo que ya hemos dicho con anterioridad. Por consiguiente, la salvación es ciencia.

Más aún: la *salvación* no es solamente ciencia, no es meramente *una* ciencia. Es la principal, la clave, el centro de todas las ciencias. Es el más científico de todos los temas con los que puede tratar la mente humana en este mundo. Por lo tanto, cuando el pueblo de Dios toma la salvación *tal como es en Dios*; cuando su causa en el mundo representa adecuadamente las ideas de Dios sobre la salvación, se revelará al mundo la ciencia que está por encima de cualquier otra ciencia. Entonces el pueblo de Dios puede comparecer sin avergonzarse ante los mismos reyes de la ciencia en esta era científica.

Estoy totalmente comprometido con esa verdad, y quiero que comprendáis cuán plenamente es verdad. Vosotros y yo estamos comprometidos con la salvación de Dios, y quiero que veáis mediante la Biblia -el libro de toda verdad- que la salvación es ciencia. Entonces os comprometeréis lo mismo que yo con esa verdad.

Así, en primer lugar os pido que razonéis serenamente y que veáis por vosotros mismos, no sólo que la salvación es ciencia, sino que es la ciencia de las ciencias.

La palabra “ciencia” significa literalmente *conocimiento*. La ciencia de la botánica es el conocimiento de la botánica. La ciencia de la astronomía es el conocimiento de la astronomía. Un científico ha definido la ciencia como “el producto del pensamiento”. Todo el conocimiento -ciencia- que el mundo tiene sobre la astronomía, es el producto del pensamiento humano sobre el tema de la astronomía.

La salvación es el conocimiento de Dios:

Esta es la vida eterna: que te *conozcan* a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

Por lo tanto, se trata de ciencia. Ahora bien, en ese caso, el conocimiento no es el producto del pensamiento del *hombre*, sino del pensamiento de *Dios*.

Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.

Por consiguiente, la salvación, siendo el producto del pensamiento de Dios, es, no sólo ciencia, sino la más exaltada de todas las ciencias.

Resumiendo: lo que el mundo reconoce como ciencia -las ciencias naturales- es el producto del pensamiento humano. La mente es el sustrato pensante del hombre. Por lo tanto, es la mente humana la que interacciona en el conocimiento de todas esas ciencias. Ahora bien, la salvación tiene que ver con la *propia* mente. ¿Cuál es, pues, la ciencia superior? ¿La que trata de todas las demás cosas [en la naturaleza], o *la que trata con eso* [la mente] que conoce acerca de todas las demás cosas? -La última, no hay duda. Teniendo en cuenta que la mente del hombre se relaciona con todas las demás ciencias, y que la salvación se relaciona con la propia mente, es evidente, no solamente que la salvación es una ciencia tan ciertamente como cualquier otra de las ciencias, sino que es una ciencia más elevada que todas las demás. Es la ciencia más exaltada que le es dado conocer a la mente humana.

La salvación tiene que ver con la mente, pero ¿quién es el que trata con la mente en, y a través de la salvación? -El propio Dios. Por lo tanto, es Dios mismo quien interacciona, quien proporciona el conocimiento de esa ciencia. Y dado que esa ciencia es el producto del pensamiento de Dios, queda demostrado que la ciencia de la salvación es la más elevada, profunda y abarcante de todas las ciencias que conoce, no solamente la mente humana, sino todo el universo.

Leamos algunas Escrituras:

No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro *entendimiento*, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Rom 12:2).

Así que, yo mismo con la *mente* sirvo a la ley de Dios (Rom 7:25).

Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado *entendimiento* (1 Juan 5:20).

Tenemos la *mente* de Cristo (1 Cor. 2:16).

La única manera en que el Señor puede alcanzarnos es a través de la mente. Trata con nosotros sólo a través de nuestra mente. Nos gobierna solamente a través de nuestras mentes. Vedlo:

Yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado (Rom 7:25).

Y el primero de todos los mandamientos es este:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (Mat 22:37).

La mente carnal es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede hacerlo (Rom 8:7 KJV).

La mente carnal, que no se sujeta a la ley de Dios ni lo puede hacer, debe ser cambiada; se la debe cambiar por otra mente que sirva siempre a la ley de Dios. Ese cambio de mente es la salvación. Dios produce esa renovación de la mente en la obra de la salvación, y de ninguna otra forma es posible lograrla. Por lo tanto, se trata de la más exaltada de todas las ciencias; la más elevada que pueda conocer la mente humana, la más elevada al alcance del universo.

¿Comenzáis a ver por qué los Testimonios nos hablan de “la ciencia de la salvación”?

Quiero ahora que veáis que también otros piensan así, que no estoy solo en eso. Quiero que veáis que podemos mantener esa posición con autoridad, con autoridad científica; es decir, con la autoridad de los expertos en la ciencia.

Si esta noche pudiera aportaros la evidencia de que quienes son más expertos que nadie en el mundo en todas las demás ciencias, dan testimonio de estar más interesados en esta ciencia, que en todas las demás sumadas, ¿no os parece que entonces podría apoyar con seguridad mi afirmación desde un punto de vista científico? Pues bien: dispongo de esa compañía; de la compañía que comprende todas las demás ciencias, y dispongo de la evidencia explícitamente declarada de que está más interesada en esta ciencia, que en todas las demás combinadas.

En 1 Pedro 1:10-12 el apóstol está hablando de la salvación, y leemos esto:

Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos. A estos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; *cosas en las cuales ANHELAN MIRAR LOS ÁNGELES.*

¿Qué anhelan mirar los ángeles? -La salvación de Dios al ser predicada mediante el Espíritu Santo enviado del cielo. El vocablo griego que se ha traducido por “anhelan”, significa “poner el corazón en algo”. Y “mirar” significa “inclinarse ante algo para investigarlo; ladear el cuerpo para observar algo; mirar algo atentamente, inspeccionarlo detalladamente a fin de conocerlo”. Tal es la actitud de los ángeles respecto al tema de la salvación.

¿Entienden los ángeles las otras ciencias: biología, geología, ictiología, astronomía, etc? -Sabéis que sí. Es sabido por todos que los ángeles son expertos en todas las demás ciencias. Se puede afirmar con seguridad que todos los ángeles comprenden todas las demás ciencias infinitamente mejor que cualquier ser humano la comprenda o la haya comprendido jamás. Y no obstante, los ángeles están más interesados en el tema de la salvación que en todas las demás ciencias. Así, los mejor cualificados en las otras ciencias, tienen preferencia por esta ciencia de la salvación. Ya vimos que si disponemos de una autoridad como esa, podemos estar seguros defendiendo esa posición. Por lo tanto, os podéis adherir a ella; estamos en terreno seguro. Estamos en la mejor compañía, en la mejor compañía científica. Al respecto hay autoridad concluyente, autoridad científica.

Esta noche no estoy haciendo un juego de palabras con la ciencia. Estoy empleando la palabra “ciencia” y “científico” dando a esos términos un sentido estrictamente veraz en referencia a la salvación. La salvación de Dios es un hecho verdaderamente científico; no es la falsamente llamada ciencia, sino que es algo genuino, supremamente científico. No penséis ni por un momento que se trate de un juego de palabras. En ese contexto estoy dando un uso literalmente correcto a “ciencia” y “científico”.

Pero eso no es todo: no es sólo que los ángeles anhelan mirarlo como aquello que están profundamente interesados en descubrir, sino que, de hecho, *lo descubren* mirándolo. *Aprenden* observándolo y estudiándolo. Ved lo que expresa Efesios 3:8-11:

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las insondables riquezas de Cristo, y de aclarar a *todos* cuál sea el plan del misterio escondido desde los siglos en Dios, el creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús, nuestro Señor.

¿Cuál es el “para qué”, cuál es el propósito de que esas cosas se hagan visibles? -A fin de dar a conocer la multiforme sabiduría de Dios a “los principados y potestades en los lugares celestiales” -es decir, que habitan el cielo-. Los ángeles, los principados, las potestades, anhelan ardientemente estudiar este evangelio de salvación al ser predicado bajo el Espíritu Santo enviado del cielo. Lo miran y lo estudian. Y a medida que lo estudian, aprenden nuevas revelaciones de la sabiduría de Dios -que es multiforme-, de acuerdo con su propósito eterno, tal como determinó en Cristo Jesús nuestro Señor. Sabéis por otras escrituras que ese misterio de Dios, ese propósito eterno, se encuentra revelado en el evangelio. Sabéis que los principados y potestades no son eternos en sentido estricto: no existen desde la eternidad hasta la eternidad, sino desde cierto punto hasta la eternidad, lo mismo que nosotros. Gabriel sólo es eterno desde el punto en que fue creado; no va desde la eternidad a la eternidad.

Pero Dios existe desde la eternidad hasta la eternidad. Desde esa “eternidad hasta la eternidad” existe un *propósito*: ese propósito eterno formulado en Cristo Jesús nuestro Señor. ¿Cuánto tiempo va a tomar a los ángeles captar la plena profundidad, completar el estudio de ese propósito eterno? -Toda la eternidad. No hay duda al respecto. Puesto que tal propósito es revelado en el evangelio, puesto que es dado a conocer en el misterio de Dios, que es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”, es evidente que los ángeles lo

están estudiando. Cuando investigan, encuentran en él revelada la multiforme sabiduría de Dios, de acuerdo con su propósito eterno. Anhelan mirarlo. Lo miran y aprenden.

Dado que los ángeles conocen todas las demás ciencias mejor que cualquier humano pueda conocer cada una de ellas, el que hecho de que estén vivamente interesados en aprender esta ciencia por encima de todas las demás, ¿no es algo que nos debiera dar seguridad? ¿Y no es, por consiguiente, un tema más digno de nuestro estudio y nuestra más profunda reflexión, que todos los demás juntos? ¿Acaso no debiéramos poner en eso nuestros corazones y todo nuestro ser, sin temor a ser en ello científicos? ¡Hagámoslo!

Entended que no hay aquí desprecio alguno hacia el resto de ciencias. No estoy diciendo que debieran ignorarse esas otras ciencias, o que se las debiera considerar indignas de nuestra atención. No; lo que afirmo es que esta ciencia es superior a todas las demás, y que cualquier cosa que estudiemos en ellas, se debe estudiar de forma subsidiaria a esta que es mayor que las demás. Las demás ciencias han de tomar un lugar, al menos, secundario a ésta, si es que queremos ser científicos.

¡Pensad en esto! ¿Sería sensato consagrar nuestros pensamientos más elevados a alguna otra ciencia, siendo que disponemos de la más alta autoridad atestiguando que hay a nuestra disposición una ciencia superior? ¿Sería eso científico? -No. Bien; hasta aquí hemos visto que se trata realmente de una ciencia, y que es la más exaltada de las ciencias. En consecuencia, cualquiera que no consagre de forma prioritaria sus mejores y más elevados pensamientos y capacidades a esta ciencia de la salvación, permitiendo que domine a todas las demás ciencias, no se está comportando científicamente.

Y tampoco está demostrando sabiduría, ya que: ¿qué es esa ciencia? -Salvación. Sí. Y es vida eterna. Suponed que pongo toda mi vida, todas mis capacidades, al servicio de otras ciencias en detrimento de esta, a la que considero inferior o secundaria. ¿Demuestro en ello sabiduría? -No. ¿Cuánto tiempo me va a quedar para estudiar esas otras ciencias? - En el mejor caso, unos pocos años. Al cabo de ellos se habrá terminado para siempre mi implicación con esas otras ciencias, y no tendré ninguna otra oportunidad de seguir estudiándolas.

Pero si me dedico a esta ciencia antes que nada y por encima de todo, dando a las otras una importancia secundaria a fin de asegurar esta, ¿tendré la oportunidad de estudiar las otras? -Sí. ¿Por cuánto tiempo? -Por toda la eternidad. ¿Acaso no es esa una actitud sabia? ¿No es la única actitud sabia? ¿Y no es esa la única postura razonable y científica? - Ciertamente lo es. Seamos, pues, científicos, estricta y supremamente científicos.

Avancemos algo más. Ese pasaje sobre los ángeles al que nos referimos anteriormente, comienza con los profetas de este modo: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación”, testificando de antemano de los sufrimientos de Cristo y de la gloria que vendría después.

Tal como hemos visto, los profetas plasmaron por escrito esta ciencia de la salvación, este producto de la mente de Dios sobre el tema de la salvación. Este libro de ciencia [la Biblia], esta ciencia de la salvación, vino a través de los profetas. ¿Sabían ellos algo en relación con el resto de las ciencias? -Ciertamente.

Lo podemos encontrar en muchos lugares: más de los que podríamos enumerar esta noche, pero prestemos atención a dos o tres puntos a fin de resaltar el hecho de que tenían conocimiento de esas otras ciencias.

El capítulo quince de primera de Corintios contiene una declaración científica que se formuló unos mil setecientos años antes de que la ciencia [moderna] la confirmara. Estuvo allí todo el tiempo, pero los científicos especializados en ese campo no la conocieron mediante el proceso de su pensamiento. Se trata de la declaración de una verdad sobre astronomía. Todo el que creyó esa declaración escrita en la Biblia, la tuvo todo el tiempo aunque no hubiera oído siquiera nombrar la palabra “astronomía”, pero la ciencia de los hombres no la conoció, y sólo recientemente la descubrió, muchísimos años más tarde.

Otro pensamiento: el escritor bíblico formuló esa afirmación científica, y mil setecientos años después fue declarada científicamente correcta. ¿Acaso no era tan científicamente correcta todo aquel tiempo, como lo fue después de ser descubierta? -Ciertamente lo era. ¿No era científicamente correcta cuando el escritor bíblico la formuló? -Desde luego que sí. El texto es 1 Cor 1:41:

Uno es el resplandor del sol, otro el de la luna y otro el de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en resplandor.

Eso no se conocía hace cien años. Por entonces, uno que se tuviera por astrónomo y que fuera considerado de ese modo entre sus colegas, criticaba esa declaración por parecerle incorrecta y por evidenciar la ignorancia de los autores bíblicos, ya que estos (los autores bíblicos) escribieron que una estrella difiere *intrínsecamente* de la otra en resplandor, en brillo, sin considerar *la distancia* desde donde la observamos, tal como era la afirmación factual de los críticos de la Biblia por entonces. La idea de los expertos en astronomía consistía en que la única razón por la que una estrella nos parece más brillante o bella que otra, es porque la vemos desde más cerca, y captamos así más de su luz. Pero hoy es conocida en todos los estamentos científicos la verdad de que entre una estrella y otra hay tanta variedad en su brillo y tamaño, belleza y matices, como entre las diversas flores de la tierra. Es decir: si pudiéramos apreciar todas las estrellas del firmamento tal como apreciamos las diversas flores en un gran prado, las veríamos en una variedad semejante en su aspecto, tamaño y matices de color. Eso es hoy un hecho conocido por la ciencia, pero no lo era cuando se escribió el pasaje dirigido a los habitantes de Corinto.

Ahora pregunto: ¿Acaso no era esa declaración tan científicamente correcta el día en que Pablo la escribió y la envió a los Corintios, como lo es hoy? El posterior descubrimiento de la ciencia de la astrología no la convirtió en verdad, ni añadió un ápice a su peso como verdad. No hizo más que mostrar que habían descubierto algo que era verdad, pero que antes no conocían, puesto que no creían en la Biblia. Si simplemente lo hubieran leído en ella, si hubieran creído y aceptado ese punto científico, lo habrían conocido mucho antes de que ningún científico lo descubriera.

Hay otra ciencia: Sir Isaac Newton estaba cierto día sentado bajo un manzano. De una de sus ramas cayó cerca de él una manzana al suelo. Anteriormente habían caído infinidad de manzanas desde ramas de manzanos. Él había presenciado ese fenómeno en innumerables ocasiones. Pero aquel día estaba en estado reflexivo y el hecho le hizo pensar. ¿Por qué cayó aquella manzana? Tenía que ser porque la tierra tuviera algún tipo de influencia para atraerla hacia sí. La tierra, siendo mayor que la manzana, la atraería

hacia ella misma, ocasionando que se desprendiera del árbol. Se dijo: 'Si tomo la manzana y la arrojo hacia arriba tan alto como pueda, vuelve a caer sobre la tierra. Eso prueba que la influencia de la tierra alcanza hasta tal lejos como esa distancia en su atracción de la manzana para hacerla caer. Si pudiera arrojarla un kilómetro hacia lo alto y la manzana cayera una vez más, eso demostraría que la influencia de la atracción de la tierra se hacía sentir a un kilómetro de distancia. Siendo así -razonó-, la tierra debería ejercer una cierta atracción sobre la luna. ¿Será ese el caso? Voy a investigarlo'. Regresó a casa y se sentó, examinó los cálculos astronómicos sobre la órbita de la luna y obtuvo largas series de cifras. Pero no encajaban. Lo intentó vez tras vez, pero no pudo comprobar que esa influencia afectara a la luna.

Aparcó el tema por unos diez años -si recuerdo bien- antes de retomarlo de nuevo. Un día se publicaron nuevos cálculos sobre la órbita de la luna, corrigiendo algunas inexactitudes en las cifras proporcionadas anteriormente. Newton se preguntó si eso podría ayudarlo a encontrar lo que estaba buscando. Obtuvo las cifras, se puso al trabajo y eso dio lugar a largas series de cifras que a vosotros y a mí nos habrían abrumado sin duda. Finalmente obtuvo dos o tres cifras, y vio que podían encajar. Quedó tan abrumado ante su dificultad para terminar los cálculos, que se le cayó el lápiz de las manos y tuvo que pedir a un amigo que le hiciera la aritmética. Así lo hizo su amigo, y Sir Isaac Newton acababa de demostrar una verdad científica: de hecho, había descubierto una nueva ciencia llamada gravitación. Eso le valió que su nombre quedara inmortalizado.

Fue sin duda un gran hallazgo. No obstante, ese hecho figuraba ya en la Biblia dos mil quinientos años antes de que Isaac Newton lo descubriera en la naturaleza. La gravitación significa nada menos que el equilibrio del universo. Es ese principio, esa ley -como dirán los científicos- el que rige el equilibrio del universo. Cada cuerpo celeste en el universo influye en todos y cada uno de los otros, y resulta equilibrado por ellos. No sólo cada cuerpo celeste, sino cada partícula de materia en el universo ejerce una atracción e influye en toda otra partícula de materia.

En el mundo físico, ese es simplemente el hecho correspondiente a lo que hemos visto en la clase de Biblia a propósito de la vida, que hemos tenido hoy después de comer. Vimos que no es posible tocar a cualquiera o a cualquier cosa sin que sea conocido en todo el universo. No cae un pajarillo sin que lo sepa vuestro Padre y sin que lo sienta el universo. Ese hecho se corresponde con el antes citado de la gravitación.

Hay un hecho espiritual que corresponde también a esos dos comentados:

¿A dónde me iré de tu espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás. Si tomara las alas del alba y habitara en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano y me asirá tu diestra (Sal 139:7-10).

Cuando vosotros y yo tenemos un buen pensamiento, ¿se lo discierne en algún otro lugar? Imaginad que tenemos un mal pensamiento. ¿Qué es un mal pensamiento? -Pecado. Por lo tanto, ¿dónde comienza el pecado? -En el pensamiento. ¿Se discierne mi pecado en algún lugar del universo, aparte de mí mismo? ¿Quién lo discierne? -Dios, mediante su Espíritu. Por consiguiente, ¿existe algún hecho espiritual que no sea discernido, sentido, en el universo? ¿Puede haber un pensamiento para bien o para mal que no se haga sentir?

Sir Isaac Newton descubrió una verdad en el universo [físico], que se corresponde con otras verdades en el universo [espiritual].

La ley que Newton descubrió es la que tiene que ver con el equilibrio en el universo. Voy a leer ahora la Escritura que muestra que eso era conocido dos mil quinientos años antes de que Newton lo descubriera. Isa 40:12:

¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados?

Cuando fueron establecidos los montes y los collados, guardaban un equilibrio entre ellos. ¿Los estableció Dios de tal modo que mantuvieran su equilibrio? ¿Cuál es el nombre científico de la ley mediante la cual se mantiene el equilibrio de las cosas? -La gravitación. ¿De qué habló por consiguiente Isaías? -De la gravitación. Ciertamente fue así.

Un científico ilustra el hecho mediante una flor diminuta que se llama la campanilla (de invierno). Pensad en dos tipos de flores que se reproducen mediante la semilla. Una de ellas es una flor erecta; la otra, pendular. Habéis observado en las flores la existencia de filamentos dispuestos en circunferencia (estambres) alrededor de uno central más ancho (pistilo). En las flores erectas que se reproducen por semilla, el pistilo central es siempre más corto que los estambres [que llevan el polen en su extremo]. Si se trata de una flor suspendida que cuelga boca abajo, el pistilo es más largo que los estambres que lo rodean. La razón para eso es que el polen que llevan los estambres en su extremo ha de caer en el pistilo central para que se dé la fecundación y la flor se reproduzca.

En la flor que mira hacia arriba, el pistilo central ha de ser más corto que los estambres, de forma que el polen caiga en él. Si fuera al contrario, el polen se perdería al caer fuera del pistilo y no se podría formar la semilla. Si en la flor que cuelga de forma pendular los estambres fueran más largos que el pistilo central, el polen caería fuera y no habría simiente posible. Por eso en las flores erectas el pistilo es más corto, y en las colgantes más largo que los estambres.

La campanilla se reproduce por simiente, pero a pesar de ser una flor erecta, su pistilo es *más largo* que los estambres que lo rodean. ¿Cómo es eso posible? El Señor ha hecho provisión para ello, de forma que aunque es una flor erecta, se inclinará y colgará boca abajo en cierto momento de su ciclo vital. En consecuencia, el pistilo central es más largo para recoger el polen de los estambres, aun siendo una flor erecta. Crece en postura derecha hasta abrirse, madurar, y estar dispuesta para la reproducción. En ese preciso momento se inclina y cuelga, y una vez que el polen ha alcanzado el pistilo, se vuelve a enderezar y regresa a su postura erecta habitual.

El fenómeno es de por sí prodigioso, pero además provee la ilustración para la ley de la gravedad. El citado científico me dice que lo que ocasiona la inclinación de la flor y su postura pendular, es la atracción de la tierra. Y así es. ¿Qué ocasiona la caída de la manzana? -Su peso. Pero el peso es simplemente la gravitación (del latín *gravus*, que significa peso). ¿Qué ocasiona que esa flor se incline y cuelgue? -Su peso: la gravedad o atracción de la tierra. Ahora, ¿por qué sucede que la atracción de la tierra no la dobla antes de llegar su momento reproductor? -Cuando Dios creó esa florecilla, la “equilibró”,

equilibró la tierra y el universo según sus necesidades. Cuando Dios creó esa modesta campanilla, lo hizo teniendo presente el equilibrio del universo, y previó las necesidades de esa florecilla. Y si Dios cuida de esa pequeña flor, ¿no cuidará mucho más de vosotros, hombres de poca fe?

Me dice ese científico que si la tierra -y por descontado el universo- hubiera sido hecha un simple gramo más pesada [si la fuerza de la gravedad se hubiera incrementado en lo más mínimo] respecto a lo que en realidad es, ocasionaría la caída de la campanilla antes de tiempo, y en ese caso la primera campanilla habría sido también la última. Pero Dios hizo las cosas de tal forma que esa flor tuviera exactamente lo que necesitaba para que su peso la haga cambiar de posición precisamente en el momento adecuado para la reproducción. Tras haberse producido esta, le viene una nueva fuerza desde las raíces, el tallo se fortalece y recupera su posición erecta al vencer la gravitación.

¿Quién midió las aguas con el hueso de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados?

¿Quién estableció el equilibrio del universo? -Dios. Isaías se refirió a ello dos mil quinientos años antes de que Sir Isaac Newton lo descubriera. ¿No era acaso un hecho científico cuando Isaías lo escribió? -Ciertamente. ¿No estuvo registrado todos esos años? -Sí. ¿No fue todo el tiempo una verdad científica? -Lo fue. ¿Fue más verdad, o más científica cuando la descubrió Newton? -No. Los científicos aprendieron algo que anteriormente no sabían, pero que había estado en la Biblia todo el tiempo.

Pensad en esas cosas. Dios quiere que lo hagamos. Quiere que vosotros y yo veamos que la salvación, la Palabra que nos ha dado, la que evoca nuestros más elevados pensamientos, no es un asunto estrecho y secundario, sino lo más grande que el mundo puede conocer. Es la principal de las ciencias que el mundo puede conocer.

No obstante, el objeto de estudiarla no es convertirnos en *científicos*. Debemos estudiarla para ser salvos; y ser salvo es científico.